

Teresa Zaefferer*

Algo en que creer

¿Cuánto va a durar la posguerra? ¿Crees que ganaremos la posguerra?

Tú ¿cómo crees que vamos?

Ahí, ahí, nos quedan unos diez años y aún falta lo peor...

Stevie Smith, 1949

Este breve epígrafe es del libro *Las vacaciones*. Su autora es Stevie Smith, seudónimo de Florence Margaret Smith, escritora inglesa de fines de la Segunda Guerra. Sus textos están atravesados por la guerra y tratan fundamentalmente sobre la reconstrucción de un mundo destruido que busca sacar provecho de lo que queda. La pregunta sería: ¿Qué queda luego de la destrucción? Pero, sobre todo: ¿Cómo reconstruir sobre lo devastado?

Un ensayo de respuesta sería que se reconstruye a partir de narraciones, aquellas que permiten contar una historia. Sabemos que, frente a lo inevitable de la muerte, el hombre comienza a crear cuentos, relatos, fabulas, mitos, creencias religiosas y demás ficciones compartidas que permiten hacer lazo. Allí encuentra un sustituto, un modo de nombrar la muerte y reconciliarse con ella (Freud, 1915/1979b, p. 292). Literatura, cine, teatro construyen escenas de infinitas vidas posibles. El chiste y el humor dan cuenta veladamente de una verdad que de otro modo sería insoportable.

La transitoriedad (1916 [1915]/1979f) y *De guerra y de muerte* (1915/1979b) son dos artículos que Freud escribe luego de la Primera Guerra Mundial. Esa “exigencia de eternidad” (1916 [1915]/1979f, p. 309) que el hombre pretendió sostener se quiebra dejando terreno libre a la decepción. La pulsión de muerte está aludida en estos trabajos metapsicológicos, aunque recién será teorizada y formalizada en 1920. La guerra pone la muerte delante, ya no puede ser silenciada, y Freud intenta dar cuenta de la actitud del hombre frente a ella: por un lado, la acepta, pero al mismo tiempo necesita desestimarla.

Freud comienza a teorizar el narcisismo y las vicisitudes pulsionales desde Schreber; la oscuridad de lo pulsional con su la transformación en la contrario y la vuelta sobre sí mismo sientan las bases de un comienzo de reformulación teórica. El modelo de tinte romántico de su primera tónica -un deseo que se enfrenta con la prohibición y el síntoma como formación de compromiso- empieza a resultar insuficiente para dar cuenta de la compulsión de repetición, del más allá del placer. La Primera Guerra con sus estragos impacta en Freud de tal manera que la teoría comienza a dar su vuelco: la muerte adquiere protagonismo.

* Asociación Psicoanalítica Argentina.

El impacto traumático que produce el encuentro con lo inevitable, la muerte, despierta esa primera reacción de transformar la necesidad en contingencia con el famoso “podría haber sido evitada”. No resulta sencillo retirar la libido de alguna posición, aunque la realidad muestre que ese objeto se ha perdido; esto es lo que hace tan enigmático el duelo.

La desmentida se entiende como un mecanismo frente a la angustia de castración y apunta a no reconocer aquella realidad que contradice una creencia. Creencia que en algún momento es necesaria. El niño necesita, frente al reconocimiento de la diferencia sexual anatómica, construir una teoría que permita desmentir el efecto traumático de semejante descubrimiento para el que aún no está preparado. Los pueblos necesitan narrar una historia que desmienta su origen desafortunado y lo trueque por un pasado victorioso, el de un héroe que los libere y los salve.

En este trabajo intentaremos dar cuenta de la función de la desmentida como modo de atravesar y narrar alguna historia frente a la devastación que genera lo traumático, como así también en su extremo puede sentar las bases de la creencia fanática.

La muerte

*La guerra en la que no quisimos creer,
ha estallado ahora y trajo consigo... la desilusión.*

Freud, *Pulsiones y destinos de pulsión*, 1915

El gran impacto que produce la guerra es el enfrentamiento con aquella realidad tan difícil de sostener: la gente muere. Impacto que paraliza y aturde, y frente al cual es necesario crear teorías para poder reposicionarse frente a ella. La muerte propia es difícil de concebir; en el inconsciente nos comportamos como si fuéramos inmortales (Freud, 1915/1979b, p. 290). La muerte del ser querido refleja la propia, y tanto el hombre primitivo como el neurótico se han ocupado de crear modos culturales y convencionales de desmentirla como intento de mitigarla.

Así como el hombre sueña para poder seguir durmiendo y es el sueño el guardián del dormir, los sujetos también arman historias, novelas para recubrir lo descarnado, aquello intolerable que necesita ser velado, aun cuando se sabe que se recubre con algo de falsedad. En estas historias el sujeto se reconoce, ya que le permiten identificarse en el desvalimiento y en la necesidad de construir un héroe como aquel que muere y vuela a morir infinidad de veces, aquel que sobrevive al horror. Este representa algo de sus propias verdades ocultas, aquellas que disimulan los sentimientos contradictorios y repudiados. El ser humano necesita construir ilusiones para tolerar la finitud de la vida; nos referimos a las disociaciones y desmentidas que permiten soportar la vida sin enfermar.

Sabemos por Freud que el sufrimiento acecha al aparato psíquico, y este tiende a evitarlo mediante la represión, la negación, la desmentida y el repudio de la realidad dolorosa. Luego de un trauma y del repliegue narcisista, el aparato tiende a sacarse de encima lo inquietante, aquello que represente esa verdad dolorosa e insoportable.

El cuento

En su libro *El impostor*, Javier Cercas (2014), escritor español, investiga y reconstruye la *mentirosa historia* de vida que Enric Marco contó durante treinta años y en la que el pueblo catalán (y, por qué no, toda España) creyó.

Enric Marco nace en Barcelona el 12 de abril de 1921 y llega a ser conocido como sindicalista español y secretario general de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) hasta 1979. Por esa época, comienza a contar su horroroso pero falso pasado en el campo de concentración nazi Flossenbrg, hacia 1943. Con esa narración se convierte para Barcelona en un sobreviviente de semejante atrocidad. Su majestuoso relato lo llevó a dar conferencias y entrevistas, y recibir distinciones. Hasta llegó a ser nombrado presidente de la Almclae de Mauthausen (organismo español que nucleaba a sobrevivientes españoles de campos de concentración nazis). Marco había estado en Francia durante la Segunda Guerra, pero trabajando para la industria de guerra. Fue acusado por la Gestapo de repartir propaganda comunista, lo que le implicó unos días de arresto, pero fue absuelto de todos los cargos que le imputaron. Lo que no fue real es que estuvo en Flossenbrg, campo en el que solo habían estado catorce españoles.

Cercas investigó la historia, tuvo varias entrevistas con Marco y relata en su libro los reparos éticos que atravesó antes de decidir escribir sobre semejante personaje. Sin embargo, estudiando sus discursos *a posteriori* de ser descubierto, recorta en los mismos la vaguedad de las palabras, la ambigüedad y falta de consistencia de los relatos de Marco. Incongruencias en las que nadie pareció haber reparado en ese entonces.

Cercas presenta a Marco como un “héroe civil y un campeón de la llamada memoria histórica” (p. 293). Trata de entender qué se jugó allí, entre lo que los españoles necesitaban ver en él, lo que Marco representaba al ser un sobreviviente del horror y también aquello que los medios de comunicación se ocuparon de crear como un efecto de “mediopatía” (p. 293). Marco era un viejo, sobreviviente, antifranquista, con una exagerada memoria no cuestionada y seductor. Representaba la memoria histórica, y los periodistas se convertían así en denunciantes de un pasado horroroso, “homenajeando a través de Marco a las víctimas silenciadas por el franquismo y la democracia posterior” (p. 299). Había allí una deuda, y Marco parecía saldarla, permitiendo el encubrimiento de la complicidad con el fascismo. Fueron muchos los que construyeron un pasado ficticio para encajar en el presente queriendo mostrarse como los demócratas de siempre. En algún sentido moral, Marco era un impostor, pero en otro sentido, tal vez el que nos interesa a los psicoanalistas, Marco contó su historia, su verdad, y todos quisieron formar parte, de algún modo, de ese horror que atravesó el siglo XX.

El campo de exterminio de Auschwitz fue para Agamben (1998/2017) aquel acontecimiento indecible, incomprensible e inenarrable (p. 37). Si el verdadero testigo es aquel que llegó hasta el final, nos enfrentamos con la imposibilidad de testimoniar; el testigo sería, por así decir, un imposible, tanto que la palabra *shoa* remite a ese acontecimiento sin testigos. “El campo es en efecto el lugar en el que desaparece toda distinción entre lo propio y lo ajeno, entre lo posible y lo imposible” (p. 95). En lo traumático, en el horror, se pierde el referente: ese otro del auxilio que

rescata al humano de la inermidad, el que aporta palabras se convierte en el más depravado perseguidor. Es un más allá de la muerte; como dice Agamben, ni siquiera había muerte, solo fabricación de cadáveres. Ese agujero, ese vacío inenarrable remite a la castración más radical.

Pero ¿cómo se rescata algo de lo humano si no es través de la palabra y de la narración? La expectativa de sobrevivir para contar a otros, de hacerlos partícipes de lo vivido en el campo de exterminio era para Primo Levi (1976/2005) una imperiosa necesidad: vivir para poder hacer relato de lo ocurrido. Poner palabras, articular una historia.

En parte, eso hizo Marco: contó una historia que desmentía lo ocurrido, que permitía creer en el héroe, en el sobreviviente.

Marco pasó de ser un héroe a ser un impostor. Construyó un relato que parecía ser verdadero y que todos necesitaron creer. Se convirtió en un narrador legítimo porque fue un testigo privilegiado con acceso directo a los hechos. Tal como sostiene Scavino (2012), “para hacer que ciertas proposiciones se conviertan en verdad histórica hay que darles los medios de difusión y propaganda suficientemente poderosos” (p. 218); de eso, justamente, se ocuparon fervorosamente los medios y los periodistas. Dueño de una sospechosa memoria privilegiada, Marco asombraba a todos con esos relatos que todos querían escuchar.

En *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud (1921/1979g) describe al primer poeta épico como aquel que toma el lugar del padre asesinado, inventando un mito heroico: él solo, y sin ayuda, mató al padre. Este héroe que surge, por así decir, de una mentira, ya que “presentó la realidad bajo una luz mentirosa” (p. 128), logra diferenciarse de la masa, recorta su protagonismo, es un sobreviviente, pero sostenido en un engaño. La masa, por su lado, necesita de ese ideal temerario que sabe enfrentar el poder despótico y liberar al resto. Nos encontramos aquí con la sugestión propia del narcisismo: el líder se convierte en el ideal admirado y temido a la vez. Ese era Marco: reconocido y condecorado, espejo en el que todos querían reconocerse. Portador de una historia que exorcizaba a la muerte y también redimía de las culpas compartidas.

La masa excitada por estímulos no se interroga por la verdad o falsedad, es intolerante, obediente y conservadora, y se consagra al ideal (Freud, 1921/1979g, p. 75); predomina, así, el influjo sugestivo de contagio. El ideal narcisista va acompañado de idealización, omnipotencia y fascinación. La enajenación en un discurso (Peskin, 2015) ofrece la ganancia de pertenencia, al costo de impedir su cuestionamiento; así, el sujeto se empobrece aferrándose a la propia creencia: lo idéntico se idealiza y lo diferente se excluye. Terreno fértil para despertar fanatismos, tema que será desarrollado más adelante.

Marco producía esa fascinación: una “buena imagen” pero, como tal, aplanada, incuestionable y carente de matices. La necesidad de desmentir el horror lo hacía irrefutable.

Marie Langer (1950) sostiene que los mitos urbanos son modos de elaboración de situaciones de angustia colectiva, los que, frente a una tra-

gedia, permiten la identificación con la víctima inocente, disfrazando así los propios deseos asesinos y culpabilizadores. La persistencia de estos mitos modernos se explica por la credulidad ingenua que domina colectivamente. Langer toma de Marie Bonaparte los “mitos de guerra” como aquellos relatos que surgieron, se creyeron y se transmitieron como verídicos luego de la guerra.

El horror de la guerra activa también culpas ancestrales, acusaciones, reproches. Sentimiento de culpa que hunde sus raíces en aquel parricidio, patrimonio filogenético. La culpa y el arrepentimiento conforman la ambivalencia de sentimientos que se apoderan de los hombres. Lo ominoso, que remite a algo antiguo propio, se enajena y retorna desde afuera. Eso siniestro se apoya en el hecho de que ese superyó sabe más del yo que el propio yo, que pretende ser unívoco aun frente a los deseos asesinos. En algún sentido, Marco sabía mucho de aquello rechazado que debía mantenerse a raya; en eso residía su poder.

La desmentida

Pero la historia del Tercer Reich nos ha enseñado, entre otras cosas, que lo monstruoso reside no pocas veces en lo “normal”, en aquello que la gran mayoría siente como “perfectamente normal y evidente”.

A. Miller, 2009

Desmentir y mentir parecen estar atravesados por diferentes mecanismos. Entre las múltiples acepciones de *desmentir*, está aquella línea que refiere a la coexistencia de una contradicción: en un mismo acto se afirma lo contrario de lo que se dice. Implica, por lo tanto, una escisión del yo, que ve y no cree en lo que ve. En cambio, la mentira parece más del lado de un saber: para mentir hay que saber la verdad que se quiere negar, algo más ligado al *no querer saber* propio de la represión. La mentira es una forma de verdad.

En los albores del psicoanálisis, Freud (Breuer y Freud, 1895/1978) ya hablaba de desmentida, refiriéndola a ciertos dichos de sus pacientes, los que evidenciaban el descrédito de aquello que de algún modo retornaba, mostrando claramente la resistencia: “Ahora se me ha ocurrido algo, pero es evidente que usted me lo ha insinuado”, o “Yo sé lo que usted espera de esa pregunta” (p. 286), o bien “Es posible que yo haya pensado eso, pero no puedo acordarme” (p. 304). Indicios todos de modos de estar enterado de algo sin estarlo al mismo tiempo, rechazar desestimando aquello insoportable inconsciente que asomaba.

En sus desarrollos respecto de la sexualidad infantil, sostiene que tanto el desconocimiento de la función del semen como la imposibilidad de reconocimiento de la vagina llevan al niño a construir teorías respecto de aquello que más le concierne: de dónde vienen los niños. La falta de respuesta a semejante interrogante la suple con la construcción de una narración que le permite dar cuenta del origen, sin comprometerse con esa percepción que lo avasalla. El niño tampoco quiere seguir investigando, su curiosidad respecto del origen queda abandonada por un tiempo, y la sustituye por ficciones fálicas, cloacales, orales, etc. Las teorías sexuales infantiles –que descansan, por cierto, en la desmentida de la castración (ausencia de pene en la madre)– se convierten así en verdaderos cuentos infantiles necesarios (con su componente terrorífico) para evitar el terror.

Es la teorización del efecto que produce en el niño el registro de la diferencia sexual anatómica lo que lleva a la desmentida de la castración. El niño, enfrentado a la encrucijada que se le plantea entre la exigencia pulsional (la temida y excesiva excitación autoerótica) y la amenaza de castración (en tanto peligro real y posible), está obligado a decidir si reconoce el peligro y renuncia a la satis-

facción o desmiente la realidad y cree que no hay razón para ese miedo. Tal como sostiene Adolfo Benjamín (1998), las teorías sexuales infantiles conforman un sistema de creencias junto con las fantasías originarias y la religión. Son construcciones que advienen con la subjetividad: antes de ellas, no hay sujeto. Por otro lado, continúa explicando que el duelo por el asesinato del Padre de la horda origina la ley, la cultura y la subjetividad humana. El nudo argumental de origen es para él la muerte de ese Padre con mayúsculas, el de la horda, asesinato que se escucha en el relato de cada caso, y su presencia simbólica da el sentido de la vida.

En *De guerra y de muerte*, Freud (1915/1979b) nos refiere al horror que produce la guerra: la primera y más genuina reacción sería la desmentida de la percepción insoportable. La muerte del otro remite a eso tan irrepresentable como la propia muerte y también a los sentimientos ambivalente que se despiertan respecto del muerto (de allí que, para el idioma castellano, se hable de parientes del muerto como deudos, palabra que en su origen hispano queda ligada a la deuda que produce la muerte). La muerte del otro es una amenaza para la propia integridad yoica, lo cual lleva a la construcción de escenarios fantaseados que permiten dar un sentido que sostiene la creencia en la no muerte.



Por otro lado, la desmentida aparece también ligada a la culpa y al asesinato; en *Moisés y la religión monoteísta* (Freud, 1939 [1934-1938]/1980) se sostiene que la fantasía del asesinato del padre, el parricidio, fue repetida en la figura de Moisés a modo de una actuación, y no de un recuerdo. La creación de la religión con la consecuente veneración de Dios da cuenta de un movimiento de desmentida de ese asesinato. Las representaciones religiosas demandan creencia, están por encima de la razón, se sostienen en supuestos infundados, son ficciones frente a las cuales el ser humano se comporta “como si” (Freud, 1927/1979c, p. 28). Deben su poder al desamparo inicial y, por lo tanto, a la necesidad de creer en un todopoderoso (no atravesado por la castración), en una providencia divina que calme la angustia asegurando la justicia y prolongando la vida (o, por lo menos, ahuyentando a la muerte). Creencias que resultan ser irrefutables e indemostrables.

Podemos pensar entonces que toda organización social se asienta sobre una base de creencia compartida que sostiene la cohesión a modo del modelo religioso. Dardo Scavino, filósofo argentino radicado en Francia, habla de narraciones políticas y sostiene que todo relato político es una fábula necesaria que los confabulados se relatan para conservar o ampliar su grupo. En definitiva, representan modos de sostener un lazo social. Las narraciones son mitos, y el mito es entonces una manera de darle forma épica a la memoria y mantener unido al pueblo.

El temor a la muerte del padre y también la culpa por su asesinato convierten los espíritus en demonios malignos que piden venganza. Es frente al cadáver que se construyen las prohibiciones éticas del “no matarás” como freno al odio que se esconde detrás del dolor por la pérdida. Lo mismo ocurre con las promesas religiosas de una mejor vida en el más allá.

Las desmentidas en el niño, en el neurótico, en el adulto son necesarias y constitutivas, tal como lo desarrolla O. Mannoni (1969). Una creencia puede ser conservada y abandonada a la vez, y se condensa en esa famosa frase “Lo sé, pero aun así...”. Para la creencia, se necesitan créditos dispuestos a rechazar algo, afirmando lo opuesto. Por lo tanto, la desmentida no implica solo la contradicción, sino la coexistencia de opuestos.

Por un lado, la desmentida emerge como esa defensa necesaria ante la angustia de castración y apunta a algo insostenible percibido. Se rechazan las consecuencias que dicha percepción podría ejercer sobre la creencia que hasta ese momento se sostenía. La desmentida se convierte en un modo de pensamiento inevitable para soportar el horror de la castración, así como su versión extrema, la muerte.

Retomando *El impostor* (Cercas, 2014), luego del horror de la guerra y de los años fatídicos del franquismo, el pueblo se cohesionaba sosteniendo su unidad en una creencia compartida. La sobreexposición traumática despertó defensas: la identificación colectiva soportó la fusión, la ilusión de no fisura genera sentimientos esperanzadores frente a la destrucción vivida. El sistema de creencias se edificó así para preservar la integridad narcisista del yo (o del grupo). El punto de quiebre de semejante imagen completa es la amenaza de muerte del yo. Marco era el encargado de generar esa unidad, se creía en él, en un sentimiento de adherencia sin quiebre, sin fisura.

Hay una diferencia notable entre dos modos discursivos del creer: el “creer que”, que admite cierta duda, y el “creer en”, que sostiene ese efecto totalizador y supone una entrega al ideal (Benjamín, 1998). El encuentro con la castración, con ese objeto variable, no fijo y predeterminado, abona el terreno de la creencia en un poderoso proveedor de satisfacción y de “ese único objeto” que obnuble y que también disimule lo contingente.

Los orígenes mentirosos

*La vida no es lo que uno vivió, sino la que uno recuerda
y cómo la recuerda para contarla.*

García Márquez, 2002

Los orígenes de los pueblos y del psiquismo son narrados por mitos, relatos que establecen algún punto de partida respecto de la pérdida de un estado anterior. Ficciones de diverso tipo que sostienen la ilusión de que hubo un *paraíso feliz*, sin tensiones, del que luego llegaría el desencanto, el conflicto. Reconocida la pérdida, se genera la añoranza de un estado ilusorio de absoluto narcisismo (sostenido en la posibilidad de reencuentro con aquel objeto propiciatorio de satisfacción sin pérdida ni tope).

Desde el *Proyecto...*, Freud (1950 [1895]/1989) nos provee de esa “mentira estructural” (Peskin, 2016), alrededor de la cual se organiza la subjetividad. En este caso nos referimos a aquella que abona la idea de un objeto perdido de la experiencia de satisfacción, cuyo sedimento organiza el deseo e instituye el examen de realidad. Freud nos anuncia que aquello más variable de la pulsión es justamente su objeto, pero este “desencaje” no se soporta fácilmente. Paradoja, esta, inevitable y determinante de la subjetividad humana.

El deseo, por lo tanto, se construye sobre un engaño: reencontrar ese objeto único, sentando así las bases de esa captura especular narcisista del enamoramiento y la fascinación por el líder, a modo de una pretendida y fallida identidad de percepción, sin que se pueda así hacer el duelo por ese objeto del instinto.

El desamparo inicial del cachorro humano lo liga indefectiblemente al asistente ajeno, ese salvador que rescata de la inermidad. Toda nueva situación de vulnerabilidad reactualiza ese desamparo, instigando a la búsqueda de un padre todopoderoso que rescate y sostenga, aun a costa de quedar infantilizado. De este modo, se ofrece una tramposa ilusión de unidad, de un yo sin fisura narcisista y, sobre todo, la creencia en una única realidad. Ilusión que se sostiene también en la creencia compartida que genera cohesión en un grupo. Es sobre la base de la creencia en ese salvador que se construye la figura del superyó que ofrece cuidado y protección a cambio de dependencia y adhesión. El superyó sostiene el ideal narcisista que somete a la voluntad de un amo; la realidad se aplana, ya que solo hay un discurso imperante.

En situaciones que activan el desvalimiento inicial, la necesidad de creer, aun a expensas de la desmentida, puede sentar las bases del fanatismo, depositando en un “héroe” de turno el poder de salvador disfrazado del bien común. El sometimiento a un ideal puede ocasionar

sesgos en los sentidos, mutilar el pensamiento autónomo, generando esa ilusoria y maníaca ficción de pertenencia a una comunidad de iguales. La enajenación en un discurso de poder obtura todo cuestionamiento y empobrece el pensar crítico.

Por lo tanto, la subjetividad humana se arma sobre construcciones mentirosas, y su signo distintivo es la capacidad de crear mentiras o poder mentir. En su doble reciprocidad, el que miente y el que demanda la mentira se complementan. La mentira y el engaño son también herramientas propias del lenguaje y la culturalización (Peskin 2016).

Cercas (2014) se pregunta cómo llegó Marco a dirigir la CNT en el momento de transición del franquismo a la democracia, y se responde: “la democracia se construyó en España sobre una gran mentira colectiva o sobre una larga serie de pequeñas mentiras individuales. ¿Pudo construirse de otro modo? ¿Pudo la democracia construirse sobre la verdad?” (p. 234).

La intención de Cercas no es juntar pruebas incriminatorias ni mostrar las incongruencias, falsificaciones o disimulos que confirmen que “Marco es un impostor”. Cercas interpela al impostor que habita en cada uno, al que necesita sostener las propias creencias, sin medir consecuencias. En este sentido, su trabajo es más cercano al psicoanálisis, que, sin referir a cuestiones de moralidad o de denuncia, bucea en la verdad de cada quien.

La realidad, entonces, es aquella que se relata, que se nombra, que se escribe, que se ficcionaliza; por lo tanto, nos encontramos siempre con versiones de ella. Todos contamos una verdad, la propia; todos somos “impostores”. Aun así, muchas veces queremos sostener que la propia es más verdadera que otras, pues se respalda en algún discurso de poder que la define como realidad, proclamando así una supuesta y tramposa unidad. De ese modo, se transforman creencias en convicciones irrefutables. La realidad psíquica y la realidad social compartida se manejarán entonces con negaciones, desmentidas, proyecciones, represiones y otros mecanismos para eludir lo insostenible. La realidad en este sentido siempre tendrá algo de encubridora, ya que estará atravesada por fantasías, deseos y temores.

Por eso nos encontramos con la desmentida generadora de sistemas de creencias compartidos y su función como modo de atravesar lo traumático y crear una narración colectiva que reagrupe lo fragmentado y la desmentida como mecanismo fundante del fanatismo y de las atrocidades que de él pueden derivarse.

Del duelo

Hay varias líneas teóricas que permiten entender la metapsicología; una de ellas la conforman los conceptos de narcisismo, de duelo y de melancolía que introduce Freud en 1914. El narcisismo representa ese estadio en el cual el yo, desinteresado del objeto, se satisface a sí mismo en un estado en el que “el mundo externo no reviste interés” (Freud, 1915/1979h, p. 130), o bien ofreciéndose al ello para ser amado en lugar del objeto, en versión de la segunda tópica (Freud, 1923/1979d). Conceptos que permiten explicar la reversibilidad especular que se establece entre yo, objeto e ideal. Siendo que en el enamoramiento, la hipnosis, el fenómeno de masa, el ideal coincide con el objeto y el yo queda empobrecido, mientras que, en la exaltación maníaca, el yo se engrandece, confundido con el ideal. Ficciones todas sostenidas en la fragilidad y reversibilidad propia del narcisismo. Maneras también de tramitar la pérdida del objeto como intento de retenerlo identificándose con él o proyectándolo en ese otro amenazador de la paranoia. Melancolía y paranoia en ciernes. En todo caso, son modos narcisistas de rechazar lo diferente. Freud refiere a ese inconmensurable dolor que surge allí, en esa dificultad para poder establecer la diferencia entre una pérdida crónica que no cicatriza (más ligada a la melancolía) y la añoranza del aquello perdido (más ligada al duelo).

Sin embargo, esa imagen compacta es tan solo una ficción que, como tal, puede quebrarse fácilmente: la pérdida es inevitable, no hay inmunidad que garantice lo absoluto. Aquello perdido siempre tendrá algo irrecuperable y, por ende, innombrable. Sin embargo, el ser humano sostiene la ilusión del reencuentro con un sustituto posible que se adecúe a ese objeto perdido, aunque lo perdido conlleva una huella que no se recupera ni se equipara. Tal como sostiene Miguelez (2010), la idea de sustitución de lo perdido es solo una ilusión narcisista de la reversibilidad, de la adecuación al objeto. El duelo, por tanto, implica el reconocimiento y aceptación de lo irreversible, la marca que inscribe la pérdida de aquello que “no es sustituible, ni aun en su semejanza, es lo que retorna como resto a trabajar, abierto al proceso de elaboración” (p. 605).

Si la ficción es parte esencial de nuestra subjetividad, es porque la realidad como tal está perdida y necesita ser contada y construida. El conflicto es parte inevitable de nuestra constitución, aunque no siempre tolerado. Por lo tanto, el llamado criterio de realidad es lábil, dinámico y contradictorio, muchas veces. El yo, en su función de mediador entre el ello y la realidad, es el encargado del examen de realidad y del pensamiento anticipatorio. Aspira a una unidad siempre quebradiza, tiende a la síntesis, a la unificación de sus procesos anímicos (Freud, 1933 [1932]/1979a, p. 71). La desmentida y su complemento, la escisión, las proyecciones e introyecciones, la represión con sus retornos y en su extremo máximo el repudio son modos de evitar el conflicto que le impone al yo la amenazante realidad.



El psicoanálisis nos muestra que no solo se construyen ficciones de héroes que redimen y salvan, también hay otras por medio de las cuales el sujeto se hace cargo del sufrimiento de todos (recordemos la el sacrificio por ser el hijo de Dios). El masoquismo asoma en diversos y variados guiones, todos cargados de culpa y pasión mortificante; la entrega sacrificial es otro modo del fanatismo. El gozoso y tentador sometimiento a un ideal circula.

Este trabajo invita a pensar en la inevitable tentación que habita en los humanos de creer en héroes mesiánicos que vienen a salvarnos, aunque paguemos ello con nuestra dependencia. No resulta sencillo abandonar esas creencias que nos constituyen; somos terreno fértil para sostener creencias.

No podemos dejar de pensar que nuestra clínica está atravesada por la transferencia, como todo vínculo. Por ello, es también tierra fértil para el otorgamiento de poder y los estados pasionales que expresan férreas resistencias (en sus versiones de hostilidad y odio), resistencias que anclan, fijan a un modo de compulsión repetitiva y pasional. Ya nos advierte Freud (1923/1979d) sobre el peligro que, como analistas corremos, de identificación con el ideal, y nos propone estar atentos a la “tentación de desempeñar el papel de profeta, salvador de almas y redentor” (p. 51).

Los analistas construimos una historia ficcional de cada quien, buscamos las verdades escondidas. El intento es que cada uno se descubra y se reconozca en esta deriva, en sus personajes, en sus ficciones. Aun así, tenemos que estar advertidos sobre que nosotros también nos escudamos muchas veces en convicciones tramposas a las que adjudicamos valor de verdad absoluta. Reconocernos allí será entonces, siempre, nuestro desafío.

Resumen

La guerra trae consigo la muerte. Freud intenta dar cuenta de la actitud del hombre frente a ella: la acepta, pero al mismo tiempo necesita desestimarla. ¿Cómo reconstruir sobre lo devastado? Frente a lo inevitable de la muerte, el hombre comienza a crear cuentos, relatos, fabulas, mitos, creencias religiosas y demás ficciones compartidas que permiten hacer lazo. Modos convencionales, culturales, necesarios para desmentir lo insoportable.

El niño necesita construir una teoría que permita amortiguar el efecto traumático de la percepción de la diferencia sexual. Los pueblos narran historias en las que truecan su origen desgraciado por un pasado victorioso. La desmentida se convierte así en un mecanismo frente a la angustia de castración y apunta a no reconocer aquella realidad que contradice una creencia.

Este trabajo intentará dar cuenta de la función de la desmentida como modo de atravesar la devastación que genera lo traumático.

Descriptor: *Trauma, Desmentida, Muerte.*

Abstract

War brings with it death. Freud seeks to shed light on man's attitude towards it: he accepts it, but at the same time he needs to disregard it. How can he rebuild on what has been devastated? Confronted with the inevitability of death, people come up with tales, stories, fables, myths, religious beliefs, and other shared fictions that enable them to create bonds. They are conventional and cultural ways which are necessary to disavow that which is unbearable.

A child needs to construct a theory to soften the traumatic effect brought by the perception of the sexual difference. People tell stories where they transform their unfortunate origins into a victorious past. Thus, disavowal becomes a mechanism to confront castration anxiety and seeks to disregard the reality that contradicts a belief.

This paper will attempt to shed light on the role of disavowal as a means to go through the devastation generated by trauma.

Keywords: *Trauma, Disavowal, Death.*

Referencias

- Agamben, G. (2017). *Lo que resta de Auschwitz: El archivo y el testimonio*. Adriana Hidalgo. (Trabajo original publicado en 1998).
- Benjamín, A. (1998). Creencia y no creencia religiosa (preliminares para una conceptualización metapsicológica). *Revista de Psicoanálisis*, 55(2), 297-308.
- Breuer, J. y Freud, S. (1978). Estudios sobre la histeria. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 2). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895).
- Cercas, J. (2014). *El impostor*. Random House.
- Freud, S. (1979a). 31ª conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 22, pp. 53-74). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1933 [1932]).
- Freud, S. (1979b). De guerra y de muerte: Temas de actualidad. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 273-304). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1979c). El porvenir de una ilusión. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21, pp. 5-56). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1927).
- Freud, S. (1979d). El yo y el ello. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 19, pp. 13-66). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (1979e). Introducción del narcisismo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 23-329). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (1979f). La transitoriedad. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 309-312). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916 [1915]).
- Freud, S. (1979g). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18, pp. 67-136). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).
- Freud, S. (1979h). Pulsiones y destinos de pulsión. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 113-134). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1980). Moisés y la religión monoteísta. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 23, pp. 7-132). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1939 [1934-1938]).
- Freud, S. (1989). Proyecto de psicología. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1, pp. 326-446). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950 [1895]).
- García Márquez, G. (2002). *Vivir para contarla*. Diana.
- Langer, M. (1950). El mito del niño asado. *Revista de Psicoanálisis*, 7(4), 389-401.
- Levi, P. (2005). *Entrevista a sí mismo*. Leviatán. (Trabajo original publicado en 1976).
- Mannoni, O. (2006). *La otra escena: Claves de lo imaginario*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1969).
- Miguel, L. (2010). Duelo y creación. *Revista de Psicoanálisis*, 67(4), 603-608.
- Miller, A. (2009). *Por tu propio bien: Raíces de la violencia en la educación del niño*. Tusquets.
- Peskin, L. (2015). La violencia de hoy y de siempre. *Revista de Psicoanálisis*, 72(4), 627-644.
- Peskin, L. (2016). Cuando la mentira es la verdad. *La época*. <https://laepoca.apa.org.ar/ autores/leonardo-peskin/cuando-la-mentira-es-la-verdad/>
- Scavino, D. (2012). *Rebeldes y confabulados: Narraciones de la política argentina*. Eterna Cadencia.
- Smith, S. (2016). *Las vacaciones*. Antonio Machado Libros. (Trabajo original publicado en 1949).

Recibido: 22/01/2022 - Aprobado: 15/06/2022